

Manjón, educador

Victorino de Arce *

RESUMEN

Con este artículo intento demostrar, que la figura de don Andrés Manjón merece contarse entre los pedagogos más destacados de su tiempo y que incluso es el pionero de la Escuela Nueva a la que llamó Escuela al Aire Libre o Escuela del “Ave María”. Intento también despejar algunos malos entendidos respecto del origen de las Escuelas del Ave María y de la finalidad que le quiso dar don Andrés. ¿Sus Escuelas se limitan a ser “escuelas de barrio”? ¿Sus alumnos eran sólo gitanos? Y todo ello basado en la autoridad de los más prestigiosos conocedores tanto de la persona como de la obra del pedagogo burgalés. He querido también añadir el pequeño homenaje del hijo de uno de sus primeros colaboradores que fue mi padre.

Preámbulo

La figura de don Andrés Manjón ha ido creciendo en mí desde la infancia como crecen las figuras de los cuentos infantiles. Mi padre, que colaboró con don Andrés en la primera Escuela del Ave María en Granada, me contaba escenas de su vida. Aquellos relatos me los repetía con frecuencia durante los viajes o en las vacaciones de verano que pasábamos en mi pueblo natal a orillas del Esgueva. Eran historias apasionantes que yo he recreado más tarde con facilidad y hasta con deleite: el Darro granadino, que baja rápido de la Sierra abriéndose camino entre los



El río Darro a su paso por Granada. Al fondo, el Albaicín

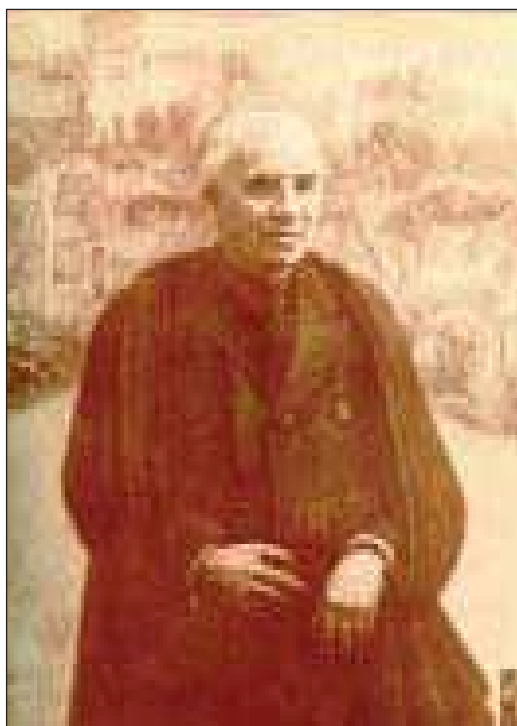
árboles; los gitanillos desnudos correteando libres entre la maleza, las cuevas del Albaicín, la primera escuela del Ave María con el mapa de España construido en el suelo, que tenía la magia de llevar agua según los deseos del maestro, las pizarras y los carteles colgados en los troncos de árboles, los granados creciendo junto a la corriente del río...

Más tarde, cuando pude visitar la Escuela y dialogar con uno de sus sobrinos, don Pedro Manjón, que dirigía entonces su obra, todo aquel mundo de fantasía se convirtió en realidad. Aquel recuerdo infantil, mis estudios y lecturas posteriores me han decidido a escribir estas páginas, movido más por mi admiración de la figura del gran maestro, que por la pretensión de descubrir alguna faceta nueva de su pedagogía que no haya sido encontrada hasta el presente por los estudiosos de su obra.

I. El hombre

a. *Nacimiento y educación*

Don Andrés Manjón nace el 30 de noviembre de 1846 en Sargentos de la Lora (Burgos), en el seno de una familia de labradores. La familia es propietaria



de algunas tierras que debe cultivar si quiere subsistir en medio de aquel duro clima. El recuerdo y la experiencia, que Andrés conservará de estos primeros años, ratificarán en gran parte el carácter y la actividad de Manjón a lo largo de su vida. El mismo Manjón nos lo recuerda en una de sus *Hojas históricas del Ave María*: (Hoja 2ª) «Nací pobre, viví entre pobres, carecí de escuela formal y por esta causa pasé angustias y trastornos y sufrí retrasos en mi carrera, cuando un buen cura de aldea quiso dármele. Mi origen, pues, y mis apuros y deficiencias me impulsaron a instruir a aquellos de mis hermanos que más se me aproximaban por la cuna, la ignorancia y la pobreza; mis simpatías fueron para los pobres».

Como Marcelino Champagnat,

El P. Andrés Manjón en Granada, más en concreto en el Albaicín

alude en este recuerdo a una triste experiencia con uno de sus maestros, que suplía con la palmeta lo que no conseguía por sus métodos pedagógicos. Después de algunos años en la escuela de su pueblo y en la de Sedano y Polientes, Andrés intenta ingresar en el seminario de Burgos, pero es rechazado por falta de preparación y se ve obligado a ingresar en el colegio de San Carlos, regido por los jesuitas, donde conoce al padre Doncel, prototipo del maestro alegre y bromista.

Por fin, es admitido en el seminario de Burgos, pero pronto se manifiesta su carácter vivo, alegre, impetuoso y fuerte. Le han suspendido en Derecho Natural y juzga que aquella calificación es injusta por lo que pide otro examen de comparación, que se le niega. Su reacción inmediata es abandonar el seminario, al que regresa al curso siguiente.

La revolución de 1868 le obliga a suspender sus estudios. Los termina en Valladolid, pero no se ordena de sacerdote y comienza la carrera de Derecho en la misma facultad, donde vive en primera línea los momentos históricos por los que atraviesa España. Manjón se pone al frente del grupo de católicos militantes y en 1873 termina la carrera con el doctorado en Derecho Civil.

Tras unos años de profesor auxiliar consigue la cátedra de Derecho Canónico en la Universidad de Santiago, pero al año siguiente gana la de Granada de la que toma posesión el 28 de mayo de 1880. Contaba entonces 34 años de edad. Seis años después consigue, por oposición, una canonjía en la Abadía del Sacromonte (Granada) y pocos días después, el 19 de junio del mismo año, se ordena de sacerdote. Había cumplido 40 años.

La Abadía del Sacromonte está situada en lo alto de un cerro que domina la ciudad de Granada. Como canónigo, don Andrés vivía en la Abadía, pero debía bajar cada día a Granada para impartir sus clases en la Universidad. Para este desplazamiento, don Andrés usaba una borriquita blanca cuyos pasos se adaptaban muy bien al camino que descendía siguiendo la corriente del río Darro. En sus márgenes se abrían las cuevas de los pobres jornaleros y gitanos, que vivían en la más extrema pobreza. El contacto diario con estas personas pobres e ignorantes, sin posibilidades de superar su pobreza intelectual y moral, serán el estímulo que moverá a Manjón a dedicar su vida en favor de los más desfavorecidos, primero en Granada y más tarde en el resto de España, incluso en el extranjero. Su obra, las Escuelas del Ave María, genial intuición de la Escuela al Aire Libre, será su aportación a la sociedad española y al mundo.

b. Personalidad de don Andrés

Don Víctor García Hoz, en un artículo publicado en *Cuadernos de Pensamiento* 3, con motivo del primer centenario de la Fundación de las Escuelas del Ave María, retrata así a don Andrés Manjón: En la personalidad de don

Andrés, dice, “se sintetizan la socarronería del hombre de pueblo castellano con el aprecio del estudio y la razón propios del catedrático de la universidad; el porte adusto y el vigor de su lucha contra la degeneración moral y material de la sociedad, con la ternura de sentimientos que le lleva a dedicar toda su vida a la educación de los niños víctimas de cualquier marginación social; la mirada a los problemas de la humanidad con la permanente atención a la vida del hombre singular, vida interior, espiritual, son contrapuntos entre los que se desenvuelve la persona y la vida de Manjón”.

Tres notas de su personalidad destaca Víctor García Hoz: *la serenidad, la socarronería y el lirismo*. Como ejemplo de socarronería, propia del campesino castellano, destacamos unas palabras que como NOTA añadió don Andrés al discurso que pronunció en 1897 en la universidad de Granada: “Posteriormente, escribe, se han publicado algunos trabajillos, que *unos han aplaudido y otros censurado*, como es natural. La mayor parte de estos trabajos se contienen en los folletos u *Hojas del Ave María*, donde se intenta desarrollar el pensamiento de una educación sana, española y cristiana, tomando la cosa desde la primera enseñanza. Estos folletos u hojas se dan gratis a los bienhechores de las Escuelas, y para los que, sin serlo, no quieren excederse por carta de más o de menos y piden precio, se les fija el de cinco pesetas”. (Respondía así a los que “no quieren excederse” en su ayuda a las Escuelas).

Como crítico y polémico se mostró a lo largo de su vida, sobre todo cuando se trataba de defender los ideales religiosos, que tan fuertemente sustentaba como cristiano y como sacerdote. Duro y crítico se muestra, también, contra ciertos maestros que admitían alegremente los axiomas de su tiempo: “Las ideas paren virtudes; el crimen es hijo de la ignorancia; donde se abre una escuela se cierra un presidio; hagamos hombres ilustrados y tendremos hombres honrados; dejemos en amplia libertad a maestros y alumnos, que la libertad es el progreso; sin libertad no hay dignidad; y la libertad es como la danza de Aquiles que cura los males que causa”. Y añade: “Para los que así piensan, lo que importa es instruir, y el que más instruye más sana; en alumbrando la cabeza, el corazón puede dejarse a sus anchas; humanidad ilustrada, humanidad redimida”. (“*Discurso*” pronunciado en la Universidad de Granada).

Es curioso cómo este hombre crítico y socarrón era, sin embargo, sensible y lírico cuando se refiere a la madre como “primer elemento educador” tanto en el tiempo como en la intensidad. Sin duda esta ternura era un recuerdo de su propia madre, una campesina excepcional, que tanta influencia habría de ejercer en su vida. Cuando se refiere a las madres no encuentra palabras para expresar su admiración. En una de sus *Hojas* escribe: “Su corazón rebosa amor, cariño, desvelo, actividad, desinterés, abnegación y sacrificio, no un día, sino todos los días de su vida, ofreciéndose a todo, incluso a la muerte, porque sus hijos vivan y nada les falte, sean buenos y dichosos y si la madre es cristiana, para que sirvan a Dios y todos se salven, es de lo más grande y hermoso que

Dios ha formado”.

Para completar los rasgos de su personalidad no debemos olvidar su carácter de sacerdote. Si el cristiano por el mismo hecho de serlo tiene un deber universal de transmitir los valores en los que cree, de un modo especial lo debe hacer el sacerdote a cuya misión ha dedicado su vida por vocación. Esta atención universal de don Andrés se alimentaba en la intimidad de la oración. En su libro *Visitas al Santísimo*, publicado en 1946, encontramos estas palabras: “No es lícito ser egoísta ni aun para la piedad. No es buen cristiano el que no es buen ciudadano y se interesa por el bien social... Del pequeño cosmos que es el hombre, depende el gran cosmos, que es el mundo social... Dos cosas hay que se influyen recíprocamente: el individuo y la sociedad. Cuanto más perfecto es el individuo, mejor será la sociedad; cuanto más perfecta sea la sociedad, mejor será el individuo...”

c. La sociedad española

Una persona con caracteres tan pronunciados y en ocasiones contradictorios, no es extraño que tuviera críticos y detractores. Los que lo conocieron de cerca le admiraban por su bondad y por sus palabras apacibles y sencillas; otros, sin embargo, lo califican de “creyente un tanto supersticioso o fanático, que no es pedagogo sino rutinario”, como afirma de él Luis Zulueta. Para enjuiciarlo con rigor debemos encuadrarlo en su tiempo y examinar brevemente las condiciones que le tocó vivir.

“Manjón vivió en una España polémica”, escribe García Hoz en el artículo antes citado. Durante todo el siglo XIX –y aun antes- se va desarrollando en España un proceso que culminará después de la invasión napoleónica. Los políticos españoles tienen clara la idea de centralizar la enseñanza de todo el país mediante un *plan nacional*. Sin embargo, en este proceso, lento y fatigoso, se mezclarán, como siempre, las ideas educativas con los intereses políticos. Como consecuencia, surgen dos corrientes educativas que subsistirán paralelas a lo largo de todo el siglo XIX y parte del XX: la corriente liberal, vinculada a la revolución, y la corriente tradicional. Lo curioso y positivo es que ambas coinciden en el mismo objetivo: regenerar a España por medio de la educación. Una idea común en la llamada *Generación del 98*. De todos es conocida la frase de Ganivet: “*Despensa, escuela y siete llaves al sepulcro del Cid*”.

Al primero de estos movimientos corresponde la Institución Libre de Enseñanza, que apoyan los sindicatos obreros socialistas y anarquistas, y que tiene como características principales el europeísmo, el liberalismo, la educación laica y el estudio de una especie de catecismo deísta junto con la aceptación de una moral puritana. Al segundo, –surgido sin duda como reacción al primero- corresponde, entre otros, las Escuelas del Ave María fundadas por don Andrés Manjón. En la confrontación ideológica de ambas tendencias, se va a poner

de manifiesto otro de los rasgos peculiares de la personalidad de Manjón: su *actitud abierta y crítica* de la sociedad en la que vive. Prefiere la cooperación al exclusivismo. Esta actitud “sitúa a Manjón a un siglo de ventaja sobre sus coetáneos modernistas”, afirma el catedrático Víctor García Hoz.

2. El educador

a. *El pensamiento educativo de Manjón*

Para conocer el pensamiento manjoniano nada mejor que analizar el *Discurso* pronunciado por don Andrés en la apertura del curso 1897-1898 en la Universidad literaria de Granada. Existen muchos estudios sobre este *Discurso*. Yo me voy a fijar sobre todo en dos. El primero es de José Montero Vives¹ y está publicado en “*Cuadernos de pensamiento 3*”. El segundo pertenece a la doctora María Ángeles Galino y Carrillo, ex catedrática de Historia de la Pedagogía en la Universidad Complutense de Madrid. Este último se encuentra en la *Gran Enciclopedia RIALP*, tomo XIV.

Afirmar que el *Discurso* contiene casi todo el pensamiento pedagógico de don Andrés, es un axioma. Más aún: en él se analiza no sólo su pensamiento pedagógico, sino la realidad española de su tiempo a la que critica con dureza. Esta crítica abarca todos los estadios de la enseñanza: la escuela primaria, el



Grupo escultórico de don Andrés rodeado de niños

bachillerato y la universidad.

El *Discurso* presenta una estructura perfecta. Comienza por definir lo que para él es la pedagogía y la educación; analiza después las exigencias de una buena educación y termina comparándolas con la realidad española de su tiempo.

El *Discurso* consta de dieciséis apartados. Corresponde cada uno a una cualidad o exigencia de la educación que él propone. (Téngase en cuenta que cuando pronuncia este *Discurso*, Manjón lleva ya ocho años dedicado plenamente a sus Escuelas. No es por lo tanto ningún “intruso”, “fanático” ni “rutinario”).

¿Qué es para él la Pedagogía? “Es la ciencia y arte de educar e instruir al hombre, esto es, un conjunto de principios científicos y reglas prácticas cuyo objetivo final es hacer hombres cabales y completos, tal cual Dios los quiere y la sociedad los necesita”. Y educar, ¿qué es para él? “Educar es cultivar y desarrollar cuantos gérmenes de perfección física y espiritual ha puesto Dios en el hombre”. En ambas definiciones se patentiza su condición de profesor de Derecho Canónico y profundo conocedor de la filosofía tomista. Afirma también que “el pedagogo debe ser antropólogo”, es decir, debe conocer la naturaleza del educando porque “para dirigir y desenvolver al hombre es necesario estudiarlo”. Con esta afirmación se nos muestra Manjón abierto a las nuevas corrientes de la psicología más avanzada. Tres son, pues, como afirma José Montero Vives, los pilares en los que se apoya su concepto de educación: el perfeccionamiento personal, la dimensión social y la trascendente. Estos tres pilares serán también los puntos de apoyo en los que intentará formar a los profesores y a los alumnos de sus Escuelas del Ave María.

b. Condiciones pedagógicas de una buena educación

Éste es el título que da a su *Discurso*². No nos vamos a detener en cada uno de sus dieciséis apartados, pero sí nos vamos a fijar en algunos que creemos más importantes:

a) La educación debe comenzar desde la cuna: “El niño –escribe el pedagogo burgalés– es educable desde la cuna, y de su primera educación depende gran parte de su porvenir”. De ahí deduce que “la primera y principal educadora del niño es la madre”. Ya vimos anteriormente el sentimiento de admiración que don Andrés profesaba a su madre y por extensión a todas las madres.

b) La educación debe ser gradual y continua: Es decir, “acomodada al desarrollo físico y espiritual del alumno y ajustada en su marcha a las distintas facultades y tiempos... No conviene forzar las facultades, para que el niño se luzca como si fuera un viejo, ni tampoco dejarlas estancadas y como incapacitadas... Para llegar a una educación completa, deben escalonarse las enseñanzas y los organismos docentes de tal modo que uno prepare para otro y sea éste

consecuencia del que le precedió, y así, perseverando la acción unida de padres y maestros, se obtenga buenos resultados”. Cuántas veces hemos repetido, los que nos dedicamos a la educación, que en esta materia es preferible hacer pequeños logros juntos, maestros y padres, que genialidades por separado. Algo que también se puede aplicar a los maestros de un mismo nivel o incluso a la escuela o colegio en su conjunto.

c) *La educación debe ser tradicional e histórica:* Manjón aboga por una educación que sea fiel al progreso y al pasado. Para él la educación estaría simbolizada en el grupo escultórico que hay frente a la Facultad de medicina de la Universidad Complutense de Madrid: un jinete joven recoge la antorcha que le entrega otra persona de más edad, que está postrada en el suelo a punto de morir. Según este símil, la educación que propone Manjón debe “aprovecharse de los bienes legados por las generaciones que la precedieron y transmitirlos aumentados a las generaciones nuevas; para lo cual se necesita educar en el pasado y aprovechar las experiencias de los siglos”. Al mismo tiempo, es partidario de conocer y practicar las nuevas técnicas que surgen de los descubrimientos de la psicología y de la antropología.

d) *La educación debe ser orgánica y armónica:* Para Manjón la educación “debe atender a que cuerpo y alma vivan en armonía, y cuantas fuerzas hay en el cuerpo y potencias en el alma sean desenvueltas según pida su naturaleza; que no haya atrofia en nada ni desequilibrio entre la parte física y la espiritual”. En este apartado, Manjón se plantea el tema de la memoria. ¿La memoria no sirve para nada? Es, como afirman otros, ¿el soporte indispensable de todo conocimiento? Manjón adopta una posición ecléctica. Califica a la memoria de “preciosa facultad para retener en el alma los hechos pasados y evocarlos”. Pero añade, “si se trata sólo del cultivo de la memoria de signos o palabras, para repetir mecánicamente en exámenes lo que se ha prendido con alfileres, según frase gráfica, no conviene el excesivo desarrollo, porque VA en detrimento de las funciones superiores de la inteligencia”. La expresión “*prendido con alfileres*” nos recuerda el lenguaje coloquial y popular que junto con cierta ironía y socarronería forman el estilo manjoniano.

e) *¿La instrucción es la educación?* Con esta pregunta Manjón se plantea una cuestión que todavía algunos se hacen: ¿educa siempre el que instruye? Manjón, como buen tomista, distingue. “Por ser la educación la acción de desarrollar todas las facultades o energías del hombre, cultivándolas, dirigiéndolas y disciplinándolas, la instrucción es educación y no lo es; es educación en cuanto desarrolla, dirige y ordena la inteligencia hacia la verdad; es educación en cuanto ésta supone conocimientos y la instrucción es el medio de transmitirlos; es educación, porque el recto saber rectifica el querer y ayuda a bien obrar; y no equivale la instrucción a la educación, porque aquélla es una parte y ésta es el todo; educar es instruir y mucho más, es enseñar a pensar, querer, sentir y vivir”. En resumen, sin instrucción no hay educación, pero con ella sólo tampoco.

De aquí, concluye, “el grave error pedagógico de reducir al maestro a mero instructor, y a los alumnos de hacerlos *instruidos* aunque queden *ineducados*, esto es, sin energía, dirección ni hábito en el pensar, querer y obrar”.

f) La educación debe ser activa por parte del discípulo y del maestro: En este apartado Manjón plantea el problema esencial de la *Escuela al Aire Libre*, que él fundó anticipándose incluso a otros pedagogos de la llamada *Escuela Nueva* o *Escuela Activa*. Y lo plantea desde el binomio maestro-educador, es decir, desde los dos elementos de la educación escolar. Comienza afirmando que el educando no es “un ser pasivo”; antes por el contrario, es “un ser activo con destino propio, que nadie más que él puede cumplir”. El educando tiene “facultades propias” que “nadie puede permutar”. El educador debe aceptar a su educando tal cual es, intentar perfeccionarlo y ayudarlo, pero en modo alguno “ocupar su puesto”, un riesgo al que no pocos padres y educadores se



sienten inclinados. Y todo esto porque, como señala la doctora Galino, “la educación de cada hombre es una aventura incierta y su orientación no ha de ser tan rígida que no deje un margen a lo imprevisto, una puerta abierta para las fecundas sorpresas de una joven personalidad en eclosión”.

Cuando Manjón se refiere al educador se explaya como lo hace al hablar de la madre, y lo califica de *comadrón* (Sócrates) y *guía* del discípulo, de *despertador* de energías dormidas, de *cultivador* de sus dones, de *sembrador* de ideas, de *obrero* inteligente y activo de la verdad y del bien... Como consecuencia, el educador “ha de ser hombre sano, hábil, celoso, discreto, prudente, equilibrado, cortés, afectuoso, intachable en su conducta, de inteligencia cultivada, gustos sencillos y nobles, modestos, conocedor del mundo de los educandos y de los

procedimientos pedagógicos; digno, en suma, del gran fin a que está llamado, que es formar hombres sanos, robustos, inteligentes y honrados”. Manjón nos muestra aquí su ideal de educador, el mismo que intentó formar en el Seminario de maestros, que para tal efecto fundó junto a la primera escuela de niños del Ave María.

Este ideal de maestro debe tener, además, una característica fundamental: debe ser activo, porque el educando lo es por naturaleza. “El educando, afirma don Andrés, no es un ser pasivo, como la cera que se funde, el barro que se



Pintura que se encuentra en uno de los patios interiores de la Escuela modela, la tabla que se pinta o el vaso que se llena; es un ser activo con destino propio”. (Con estas expresiones enumera los tópicos de la Escuela tradicional, pasiva, contra la que reacciona la pedagogía manjoniana). Y añade: “No es mejor maestro el que más sabe, ni siquiera el que más instruye, sino el que mejor educa, esto es, el que tiene el raro don de hacer hombres dueños de sí y de sus facultades, el que asocia su trabajo al de los alumnos y les hace participar de las delicias de la paternidad de sus conocimientos, el que se baja y allana hasta los últimos, y los ayuda y levanta de modo que los pone a su altura, y hasta en disposición de recorrer por sí nuevos horizontes; no el que lleva a sus alumnos sobre sí, como camello, sino el que los conduce junto a sí, como el ayo, ése es el buen maestro”.

“En la pedagogía manjoniana – escribe la doctora Galino y Carrillo- la acción es un procedimiento constante. En gramática se personifican los elementos de la oración; en historia se dramatizan los sucesos; en aritmética se cuenta por bolas, por dedos o por brincos; en geometría se miden las superficies en los jardines; en geografía se hacen viajes sobre mapas que los niños recorren, paso a paso, etc. Suelen hacer gimnasia reglamentada, pero la más saludable es la

natural que pueden ejercitar a sus anchas por la gran extensión de los *cármenes* y jardines”.

Me permito recordar que estas intuiciones las escribía Manjón en 1897 cuando aún no había terminado el siglo XIX y no existía la Escuela Nueva ni la Escuela Activa. Manjón, como afirma y demuestra José Montero Vives, es con razón pionero de la Escuela activa que él llamó Escuela al Aire Libre o Escuela del Ave María.

g) La educación debe ser sensible o estética: Es decir, en la educación se deben fomentar los sentimientos nobles del alma por el gusto de lo bello. En efecto, para Manjón, la educación integral debe cuidar también el sentimiento; por eso hay que educar la sensibilidad a través de la educación física y de la escuela al aire libre siempre que se pueda. Y todo esto porque la educación de la sensibilidad “produce dicha al favorecer el orden intelectual y contribuir al orden moral”. En este terreno, Manjón desciende a pormenores muy concretos. Por ejemplo, los niños deben respirar atmósfera sana, se los debe rodear de los mayores “encantos”, hacerlos gozar de los “placeres inocentes” de la naturaleza y del arte, y especialmente de los juegos a través de los cuales el niño va descubriendo el universo que le rodea.

“El juego, afirma M. A. Galino, como consecuencia obligada de la necesidad de movimiento y de acción que tienen los niños, es fundamental en la educación manjoniana. Por medio del juego consigue fijar la atención, grabar la idea, unir inseparablemente idea y palabra, oxigenar el pulmón y desarrollarlo junto con los músculos, convertir la enseñanza en acción porque logra “transformar el jardín en escuela y el juego en enseñanza”.

h) La educación debe ser religiosa: “Manjón – afirma José Montero Vives- no concibe una educación integral si se prescinde de Dios”. La necesidad de la educación religiosa es incuestionable, pero hay que darla, según Manjón, “de modo que eduque, porque si no sería un engaño; ha de darse no con meras palabras y libros, sino con ejemplos y prácticas, intuitiva, real y efectivamente, enseñando, inspirando, amando y practicando los deberes religiosos con todos sus detalles; y no por accidente casual, sino como norma de vida”. Este apartado lo completa con el siguiente, que lo enuncia de la siguiente manera: “*La educación, por lo mismo que es religiosa, debe ser libre con la libertad de que Dios nos dotó*”.

Este pensamiento educativo, que recogió Manjón en su famoso *Discurso en 1897*, lo irá desarrollando hasta el final de sus días. Los nuevos descubrimientos los publicará en el *Pensamiento del Ave María* y abarcan de 1900 a 1907. También intervino en el Congreso Católico de Compostela (1902), con un discurso sobre *Derechos de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos*, y en 1908 publicó un librito titulado *Ley, instrucción, reglamento y pre-*

supuesto del Ave María en el que escribe esta frase que bien pudiera servir de síntesis de todo su pensamiento pedagógico: “*El Ave María aspira a enseñar haciendo, para educar enseñando*”. (Artículo 4º del Reglamento.)

c. Las Escuelas del Ave María

Es un error histórico, como demuestra Óscar Sáenz Barrio en su documentado trabajo “*Manjón educador de gitanos*”³, que las Escuelas del Ave María nacieran en la famosa cueva de la Maestra Migas aunque fuese el mismo Manjón quien lo fomentara. Este episodio no fue más que el detonante que le impulsó a la creación de las Escuelas al Aire libre. Tanto las referencias de don Andrés a la “cueva de la Maestra Migas” como las de su sobrino don Pedro Manjón –según el autor citado– son simples “licencias retóricas” para enfatizar la comparación entre la “cueva” del Sacromonte (Granada) con el “granero” de

Sargentos (Burgos), que le sirvió para la segunda escuela. Este error, junto con el de la fecha de nacimiento de la primera escuela, que no fue 1888 sino 1889,



Vista general del exterior de las clases en la actualidad

se ha extendido hasta nuestros días. Sin embargo, los deseos de Manjón fueron siempre “poner escuelas en el campo para los niños más humildes”.

La primera Escuela del Ave María se inaugura el primero de octubre de 1889 en un *carmen* y con una maestra con título, debajo de la primera cueva (la de la Maestra Migas) sobre la que don Andrés ejerce protección y ayuda

económica.

El objetivo de las Escuelas manjonianas está claramente señalado por el mismo fundador en varios lugares de la *“Memoria de la Escuela del Camino del Sacromonte”*. Escribe: “El *carmen*, comprado y destinado por siempre para Escuelas de Pobres está bien situado y es delicioso”. Y señala su objetivo: “regenerar y salvar a un pueblo numeroso y caído; para ensayar lo que puede una educación continua con gentes y razas degeneradas; para hacer el bien a muchos y por largo tiempo; para mejorar el cuerpo y el alma de numerosos pobres, que desean recibir educación y carecen de pan y camisa...”

En consecuencia, queda claro que los alumnos de las primeras Escuelas del Ave María, eran -como afirma O. Sáenz Barrio- “los hijos de los humildes, pordioseros, braceros y jornaleros, en fin, una población marginada en la que no faltaban, por supuesto, los gitanos”.

A estas Escuelas se fueron añadiendo poco a poco otras repartidas por todo el territorio español a pesar de que su fundador escribiera: “Yo no contaba con más niños que los que se criaran en estos alrededores, pero la experiencia me enseñó que para los niños pobres no hay distancias... entonces vi la necesidad de extender el radio de acción... (*Hojas históricas*, 24). En poco tiempo, sólo en Granada, se habían creado “cuatro campamentos escolares –como dice graciosa-mente Manjón- situados en los barrios extremos de los cuatro puntos cardinales”. En 1921 la matrícula llegaba a los dos mil alumnos, niños y niñas.

El objetivo de las escuelas manjonianas, como quedó indicado, era la regeneración de España por medio de la educación, pero con unas características peculiares. Su enseñanza –según la doctora Galino- se caracteriza por ser cristiana, popular, infantil, práctica, española o patriótica, racional o humana, y gratuita para que sea “simpática y atrayente”. Para ello emplea un sistema educativo mixto: individual y colectivo, cíclico y concéntrico y usa muchos procedimientos entre los que cabe destacar tres: el diálogo, la acción y la intuición.

El *diálogo* es el instrumento mediante el cual el pedagogo penetra en el alma del niño, despierta sus facultades, aguza el ingenio y mantiene la curiosidad y la atención. La *acción* o actividad es constante en las Escuelas del Ave María como ya indicamos en otro lugar. Por fin, la *intuición* se convierte en su especialidad. Por eso multiplica en sus Escuelas los recursos intuitivos como los mapas murales, sumergidos en albercas, los sistemas planetarios colgados en el aire o pendientes de un emparrado, construye árboles genealógicos labrados en el suelo, rayuelas de todas las clases, relojes, brújulas... “Todo cuanto puede inventar la imaginación más fecunda –termina la doctora Galino- se aprovecha para sensibilizar la enseñanza”.

Epílogo

Voy a terminar este trabajo con tres anécdotas inéditas de don Andrés Manjón. Una se la oí contar a mi padre. Las otras dos, a don Pedro Manjón, sobrino de don Andrés, durante una tertulia con otros amigos.

La figura de don Andrés quedó fuertemente grabada en la memoria de mi padre que me contaba anécdotas de su trato con los niños y de sus curiosos “castigos”. He aquí un ejemplo: Alguien comunicó a don Andrés que un gitanillo había cogido una granada de uno de los granados del jardín. Don Andrés lo mandó llamar. El gitanillo se le pr-sentó y tan pronto como estuvo delante de él se puso a llorar a lágrima viva, jurando y perjurando que él no lo había hecho. Don Andrés le dijo con buenas palabras: “Vete al granado que tú conoces y tráeme una hoja”. El gitanillo viendo que el asunto no pasaba a más, echó a correr y en breves instantes estaba otra vez en presencia de don Andrés con la hoja en la mano. “Trae”, le dijo. El muchacho se la entregó. Don Andrés la cogió con un hilo y la colgó del cuello del gitanillo que, como si hubiera recibido un fuerte golpe o el más duro de los castigos, se echó por tierra gritando y llorando. Había comprendido que había sido descubierto.

Las dos siguientes hay que situarlas en la época de la Segunda República o más concretamente en vísperas de la guerra civil. Don Andrés recibió un día una llamada telefónica del arzobispo de Granada que le comunicaba su deseo de hacer una visita a las Escuelas del Ave María. “¿No correré peligro?”, preguntó el arzobispo. “En absoluto –le contestó don Andrés-, yo le acompañaré”. En efecto, poco después, llegaba el señor arzobispo. Se saludaron y comenzaron la visita de la escuela y de la parroquia. Por las calles se encontraban con parroquianos que respetuosamente le saludaban: “Ave María”. A los que don Andrés contestaba: “Sin pecado concebida”. Así llevaban un buen rato cuando se cruzaron con un gitano que saludó de la misma manera que los anteriores: “Ave María”, pero volviéndose, apenas había dado unos pasos, le dijo a don Andrés: “*Ozú*, qué mala *compaña* lleva *uzté*”. Con el consiguiente estupor del arzobispo.

La siguiente también sucedió por la misma época. Los parroquianos del Albaicín estaban muy sublevados por los sucesos políticos que estaban viviendo. Un buen día, algunos de ellos fueron en representación a ver a don Andrés y le dijeron: “Mire *uzté*, no *quisiéramo* molestarle, pero...” “A ver, ¿qué es lo que queréis decirme que tanto os avergüenza?” “No; *pue na*; que *vamo a quemá* la iglesia”. “¿Os habéis vuelto locos?”, les contestó don Andrés no sabiendo qué pensar. “Pero no *ze* preocupe, don *André*: *zólo quemaremo* un par de *banco* de *loz* de *atrá* y la puerta. No querrá que *zeamo meno* que *loz* de la parroquia vecina”.

Estas anécdotas pueden completar el perfil psicológico del gran pedagogo

don Andrés Manjón, fundador de la Escuela al Aire Libre o Escuela del Ave María.

-
- 1 José Montero Vives presentó en 1955 una tesina en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) con el título de *Manjón y la Escuela activa*. El profesor R. Buyse que se la dirigía, una vez leída y considerada, cambió el título por este otro: *Manjón, precursor de la Escuela activa*.
 - 2 Este Discurso está reproducido íntegramente en el número especial de *Cuadernos de Pensamiento* 3, publicación del seminario “Ángel González Álvarez” de la Fundación Universitaria Española. Madrid, 1980. Su directora es Lidia Jiménez.
 - 3 “Cuadernos de pensamiento”, Óscar Sáenz Barrio, página 55 a 69.

BIBLIOGRAFÍA

- FILHO, L. (1974) *Introducción al estudio de la Escuela Nueva*. Ed. Kapelusz. Buenos Aires.
- GALINO, M.A. (1979) *Gran Enciclopedia RIALP*, S. A. T. XIV. Artículo. Madrid.
- GARCÍA HOZ, V. GALINO, M. Á. y otros. (1989) *Cuadernos de Pensamiento* 3, Fundación de la Universidad Española. Madrid.
- GARCÍA HOZ, V. (1980) *La educación en el siglo XX*, Madrid.
- LUZURRIAGA, L. (1954) *Ideas pedagógicas del siglo XX*. Ed. Nova, Buenos Aires.
- MANJÓN, A. (1925) *El maestro mirando hacia fuera*, Madrid.
- MANJÓN, A. (1889-92) *Memorias de las Escuelas del camino del Sacromonte*, Granada.
- MONTERO VIVES, J. (1958) *Manjón, precursor de la Escuela activa*, Granada.
- PRELLEZO, J. M. (1975) *Manjón educador*, Magisterio Español, Madrid.

* Victorino de Arce
E.U. Cardenal Cisneros. Universidad de Alcalá
E-mail hmalcalam@planalfa.es